

ZOLA UGARTE DE LANDIVAR

Y VA DE EXAMENES



BAILE INDIGENA



QUITO—ECUADOR
IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD
1923



Grupo de niñas de la escuela "Diez de Agosto" que ejecutaron el "Baile indígena".

Y va de exámenes

Baile indígena

En estos días veraniegos claros y tibios, las calles de Quito rebosaron de bandadas de niños festivos y risueños y de mamás emperejiladas al rigor de la moda, yendo y viniendo de las escuelas.

Gracia e inocencia santificaron la urbe con su desfile riente y triscador: era el epílogo del año escolar y el comienzo de las vacaciones.

La enseñanza moderna con su método intuitivo derrota ya las viejas prácticas de la enseñanza clásica y ha borrado para siempre del decálogo del maestro el viejo refrán que dice: "La letra con sangre entra."

Dios sea loado. Hoy el niño aprende jugando el abecé, y aun la Ciencia se acicala de atavíos risueños para no espantar la razón del alumno.

En el año de gracia de 1923, las pruebas escolares, por lo general, han sido buenas en todos los planteles de educación; así lo fueron también en la "Diez de Agosto", escuela fiscal fundada en 1918, cuya primera Directora fué la señorita María Angélica Idrobo, notable educacionista, hoy profesora del Instituto Normal "Manuela Cañizares".

Invitadas por la señorita Zoila Balarezo, quien, educada en los Estados Unidos, a su regreso a la Patria se ha dedicado con todo su entusiasmo al magisterio, dirigiendo el establecimiento con notable acierto, llegamos a la "Diez de Agosto".

El sol había cruzado ya el cenit sobre el tisú brillante del cielo azul y cristalino; los miembros del Consejo Escolar, los invitados y curiosos henchían los corredores de la casona

colonial fresca y riente en que se halla instalado el plantel; una casa *sui generis* en que abundan retratos de hombres célebres y leyendas filosóficas que pintan el genio y predilecciones de su propietario, hombre asaz culto y patriota, de espíritu práctico y emprendedor, al que San Francisco de Quito debe no pocas mejoras urbanas, que llevan con justicia el nombre de tan distinguido ciudadano.

Las galerías de la casa y las alturas del terreno recuadran un pátzuelo de tierra grisásea bien terraplenada, en cuyo centro campan dos *chamburos* que dejan de ser arbustos por ser árboles.

Por los muros trepan con equilibrios de gimnasta, agarrándose al corazón de la tierra con las rugosas uñas de sus raíces pardas al descubierto, malvaviscos y verbenas, *chilhuacanes* y retamas de oro mustiados de sed por la canícula sofocante. Las aristas brillan bajo el sol estivo.

Es el tercer día de exámenes: el destinado para cerrarlos con ejercicios de desarrollo físico, gimnasia y calistenia; en una palabra, con la renovación minúscula de olimpiadas y panateneas redivivas en diminutos simulacros.

En el fondo del estadio, frontero a su entrada, se arrima en hilera contra el muro la banda de música del Regimiento Bolívar. Las ondas armoniosas de pistones y requintos llenan su cortísimo ámbito y rebosan de él, espaciándose a campo abierto.

Al contorno del pequeño anfiteatro se apiña extendiéndose sobre el jardín, apoyándose en los soportes de piedra, agarrándose a las ramas floridas, la varia muchedumbre, en su mayor parte del estado llano; probablemente es la parentela y los amigos de las demócratas educandas.

Hay en el aire un abejeo, un susurrar manso de colmena.

La voz contenida, secretaente, rueda rumorosa, se desvanecé, comien-

za de nuevo, alza el diapasón, lo baja, se confunde y se pierde para recomenzar calmoso, onomatopéyico, con deajo de agua que se desliza entre las guijas, con rumoreo de hojas cuchicheantes que frufronean en el corazón del bosque milenario.

La multitud espera, se inquieta, se hace confidencias que nada tienen de misteriosas.

Desfilan por fin las pequeñuelas, bandada de torcaces: es el 5º grado, son las mayorcitas; luego se retiran y salen las chicas del 5º, 6º y 7º grados que juegan con entusiasmo haciendo alarde de agilidad, el *basket ball*.

Uno de los bandos viste simbólicos colores, los del proletariado universal: faldas, corbatas y *cungas* verdes; el otro, corbatas, faldas y *cungas* rojas; todas las blusas son blancas.

Ahora desfila el 4º grado, practica con lucimiento algunos vistosos ejercicios con varas y pasos de gimnasia rítmica al compás del "Canto a la Maestra", rebosante en diti-rambos nunca excesivos para la *madrécita escolar* que acoge, guía, corrige y mima a la niñez que estudia.

Rompe la banda en notas marciales que llenando los contornos se estrellan devolviendo el eco, en el Panecillo, alcor que domina la "Diez de Agosto", tapizado de alcatifas hechas de sedosa mies, del verde terciopelo del alfalfar; linderadas aquí y allá por filas erguidas de azulados eucaliptos, formando recuadros, rectángulos, figuras de una geometría caprichosa y atractiva en que la gama del verde, del ocre y de la siena esplende magnífica y seductora.

En otro tiempo el Panecillo fué observatorio astronómico de los Shiris-Incas; allí Huayna, el conquistador, celebró gozoso las deslumbradoras fiestas del Inti-raymi dedicadas al padre Sol en su solsticio de verano. En ese carmen, nos dice Juan de Velasco, el celeberrimo historia-

dor riobambense, tuvieron sus quintas de recreo cubiertas de vergeles y frutales los sedentarios criollos de la Colonia, y allí están hoy las parcelas de tierra de pan llevar de los modestos propietarios que echarán satisfechos la simiente civera a la tolva del molino, sintiéndose con ello espléndidamente recompensados de sus fatigas.

El jardín de la casa-quinta del doctor Andrade Marín, se halla escalonado como un parquecillo inglés, sin que falten para su belleza, naranjos y cidronelos, cactus y otras plantas de mayor o menor alzada que pueblan de susurros, colores y perfumes la deliciosa mansión. Así debieron ser las academias griegas, el Liceo de Aristóteles; así, rumorosos, tranquilos, con surtidores de agua que hacen compás a la meditación lucubradora, al pensar profundo, al reposo tan necesario para ciertas creaciones del espíritu.

El símil nos ha llevado lejos, bajo el sol de Atenas, de la madre Atenas; volvamos a la realidad.

II

Se oye un leve cuchicheo, un desplegar de alas, un *frou-frou* de rasos....

Desfilan.... Son las quinceañeras garridas del plantel alegres y vivaces, de rostro morenucho como trigo maduro, de mejillas encendidas como cachos de granada, de labios bermejos, túrgidos, de claveles reventones.

Recorren la glera que es un cuadrado mezquino para el magnífico espectáculo.

Morenas son, morenas como la Sulamita del sabio rey Salomón.

¡Oh, qué lindas!

¿Nacieron por ventura bajo el sol cálido de la Judea?

¿Vieron acaso la primera luz en la Corte de Ramsés? Quizá, quizá....

quizá bullo en sus venas sangre éin-gara.

Mucho se ha discutido sobre el origen oriental de las razas americanas, y no hay duda, el tipo mogol, el tipo egipcio marcan en éllas sus rasgos étnicos con un buril tan firme que basta revestir a sus individuos con *kimonos* o contemplar el tocado esfingico de sus mujeres, para que surjan los perfiles del asiático, los enérgicos perfiles del egipcio.

La bella indumentaria indígena, que ayer, otrora, fué de sedas y oro, y que algunos *progresistas* se empeñan en que desaparezca, es oriental, absolutamente oriental.

Las líneas lisas del estrecho faldellín, caen rectas, sencillas; es el tallo de la flor que despliega su magnificencia en el busto firme, turgente, en la cabeza fina, en el rostro de perfil severo cuyo rasgo típico lo forma la nariz, *turris ebúrnea* de bellas proporciones.

Entre estos indígenas hermosos no se encuentran chatos ni ojos *chuspis*; los pómulos no son muy salientes y hay rostros de óvalo perfecto que al iluminarse con la luz de los ojos negros y melancólicos como los de la golondrina, rebosan en dulces suavidades, y eso que la intemperie que pule sus cuerpos de bronce los enruguece precozmente, y el maltrato y la cruda vida del páramo, la escasez misérrima de la choza, aniquilan y marchitan su belleza.

Otra vez divagaciones de enigmas ancestrales nos han hecho remontar las centurias en busca de discutidas, problemáticas herencias; volvamos a nuestro asunto concretamente.

La crónica escolar, alada y graciosa, debe olvidarse de serias disquisiciones. Nos sedujo, nos deslumbró el acto por el ritmo del movimiento, por la policromía de la vestidura que dócil se plegó armoniosa a las curvas núbiles mal acusadas todavía: a élla, pues.

La Directora de la Diez de Agosto, teniendo en cuenta nuestra psicología, nos presentó cuadros muy en consonancia con lo que amamos, con lo que llevamos en la retina y en el corazón, por ser nuestro y por ser bello.

No eligió una representación exótica; fué elegida para ser bailada una danza que trajo a nuestra memoria las grandezas imperiales de los Incas, la teogonía sublime del dios resplandeciente que crea, vivifica y da calor. del Sol magnífico de América, vestido a la aurora de rosicler fimbriado de oro y que a la tarde tiende con majestosa pompa su cauda de emperador, mientras emerge Véspero entre caireles de fuego.

III

Tran, tran, tran....desfila la teoría. Son claveles y rosas, es un sartal de gemas andarinas en jira multicolor, recorriendo la arena cálida, reverberante, polvorienta, que la fantasía transportada de ensueño convierte en aduar de los desiertos.

Visión maravillosa que el pensamiento enflora y embellece aun más, tornando sus ojos a países distantes poetizados por las peregrinas relaciones leídas en la niñez y adolescencia, en las páginas evocadoras del libro.

Todo nos llevaba allá: el ambiente y el cuadro maridaban, el sol que descendía, el suelo ambarino, el horizonte azul, las siluetas de las montañas recortadas, precisas, sobre la diafanidad del cielo, y el jardín arriba del aduar, y en el jardín la palmera desplegando sus hojas plumíferas, caracterizando la región africana.

Sí, estamos en el desierto; las cingaras celebran su fiesta, fiesta de juventud y primavera.

Contrastando con el paisaje soñoliento y pardo con la pardez del gorrión, lucen los colores brillantes

y abigarrados, la epifanía desbordadora de sedas y oro, contrapuestos tonos, blondas y flecos gayos que tiemblan y se rizan con el temblor de ondas sobre las que hubiera tendido el Iris las cintas policromas de su gama incomparable.

El rozagante tocado egipcio remarca el tipo sereno y noble de las núbiles danzarinas.

Marchan, y al hollar el suelo, ingravidas, casi aéreas, un rumor de címbalos rompe el aire sutil, que tiene vibraciones sonoras de cascabeles y joyas, de batintines de oro.

La ronda ha terminado: el sol dorado y purpura oblicuamente los tocados esfíngicos, los élitros, los velos sostenidos por joyas sugestivas que caen marcando el paso, en balancear gracioso, a lo largo de las mejillas rozando el busto y los hombros; tiemblan sobre el seno, los *escarabeos*, deslumbra el amarillo glorioso sobre los cabellos negrísimos y hay un ritmo, un ensueño oprimente, un saborear doloroso de tanto color y tanta euritmia.

¿Qué reservará el porvenir a las mariposillas de alas recamadas que en travieso revuelo hieren nuestra retina y llevan de la mano la fantasía loca, con sugerencias irresistibles, a otras regiones, a otros tiempos, a las cortes fastuosas de Levante?

Ahora forman triángulos tejiendo y destejiendo cadenas con sus leves pies que apenas tocan el suelo.

Todo el jardín de los chales magníficos ceñidos a los flancos y cinturas cimbradoras ríe y refleja los tonos ardientes o pálidos de sus corolas fantásticas de su follaje opulento y quimérico.

Mariposean: La banda toca a *deshecha*, las pintorescas filas se ordenan en hileras cortas y allí queda en mitad de la arena, la cruz de San Andrés más bella que ojos humanos vieron, constelada de pedrería viva,

de sangre circulante bajo epidermis de raso.

Hay rubíes, hay záfros, esmeraldas y ópalos áureos que tiemblan ondas de luz; borrachera loca de reflejos indescritibles, que la pupila apenas puede retratar, que el *sensorium* apenas alcanza a percibir en sus detalles.

Quien puede pintar fielmente la armonía del color, de la euritmia, del sonido y de esa emanación impalpable, y sin embargo perceptible, del hálito espiritual que se desprende de la mujer en sus movimientos, en sus actitudes, en su expresión, como se desprende el perfume de la flor?

Desfilan otra vez, deslízanse a paso de vals, cadencioso, lánguido. Los *pasamayos* se suceden, los brazos se alzan curvos como alas de palomas. Las cabecitas enjoyadas riman el compás suavemente, y los adornos egipcios parlotean la canción del oro y de la plata, casados en mallas y filigranas junto a la carne virgen de núbiles Salamboos de ojos grandes, negros soñadores, de tez morena; Sulamitas castas que van pisando indiferentes, alegres y confiadas los umbrales misteriosos del porvenir.

Un aire quejumbroso ha sucedido al vals: las dolientes notas del yaraví.

La umbría susurra su eterna pastorela, el sol alumbra de soslayo; un velo tenue y opaco va desdibujando los contornos puros de las montañas que no ha mucho se recortaban netas sobre el cielo. La naturaleza se viste de melancolía, y el espíritu se encoje cual si tuviera frío.

Un aleteo de pájaros tropicales, un revolver de *quindes* agita el aire, y de seguida, acompasadamente, casi en reposo los músculos, ordenanse las doncellitas en dos circuitos concéntricos, que alternativamente se arrodillan y danzan al conocido paso del Sanjuanito, cuyo compás lento y menudo se alterna con sal-

tos alados de voluptuosa cadencia, así, cual si en el desmayo de la pena o la agonía, la vida o el placer, lanzaran su imperativo irresistible, su llamamiento poderoso. A eso mil veces repetido se reduce el Sanjuanito como ejercicio coreográfico, mas no es posible pintar los movimientos de la cabeza inclinada o alta, los esguinces del cuerpo, la mímica expresiva y variadísima del rostro, que expresa toda la pasión de que es capaz el ser humano, en visajes y en sonrisas, en afirmaciones mudas, en negativas rotundas, coreadas por los remisos o agitados movimientos del busto.

Sanjuanito, Sanjuanito, que en el trenzado de tu paso encierras toda la tristeza, toda la voluptuosidad y toda la fogosa pasión contenida del indígena subyugado que vive añorando su ayer de grandezas y de gloria....

El círculo, amplio collar esplendoroso e irisado de perlas, se pliega, se entrecruza y se engarza en filas equidistantes que forman un abracadabra que bailando se alterna hasta quedar invertido.

¿Es el simbólico triángulo de la Trimuta india?

A la danza brillante sucede expresiva, hierática adoración.

Los ojos en alto, la actitud desmayada de la vestal, la casta ignorancia de la virgen pintada en el semblante, nos hablan de lo que no es terreno ni se empaña con las pasiones punzantes de la carne.

Sulamita, Salomé, Salambó, la Corte de Cleopatra, han desaparecido. Se esfuman de la memoria porque ahora resplandece en élla la mítica joyante de Intí soberano, del místico Esposo de las Vírgenes del Sol.

Cantan: el coro magnífico sube, sube, sube, mientras la tarde cae y se avecina el crepúsculo.

No es un canto triunfal el que las Vírgenes cantan, es elegiaco dolien-

te; desgranan trágicas notas de miserere, es el lamento de una raza oprimida, el lamento desgarrador del siervo irredento y resignado.

De pronto álzase el orfeón gracioso y plañidero; el cascabeleo sonoro vuelve a agitar las ondas del aire, los dijes rútilos, los *escarabeos* egipcios se levantan y bajan al compás del agitado anhelo de las adolescentes. La teoría deslumbradora de ritmo, de gracia y de color, sigue cantando y se pierde lentamente, en el interior del templo.

Quedó el perfume en el ambiente, la última nota en el oído, la visión milagrosa y peregrina en las retinas de los ojos y cierta dulce melancolía en el corazón.

¡Qué irá a ser mañana de las graciosas Sulamitas de mejillas morenas como trigo maduro, de mejillas bermejas como granada en sazón, de labios purpúreos como claveles reventones, ronda traviesa de pajarillos multicolores?

Quindés de pedrería, sartal de perlas irisadas, mariposillas de alas rutilantes; doncellas del desierto tocadas de iris, de amarillo glorioso, de rojos encendidos, ¿qué os guarda el desierto de la vida, qué palabra os reserva la esfinge misteriosa del porvenir?

Zoila Ugarte de Landívar.

Quito, Julio de 1923.